

DEMOS GRACIAS A DIOS LA ACCIÓN DE GRACIAS

por el P. Faber

**EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla**

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA
ISBN: 84-7770-523-2
Depósito legal: M. 44.340-2000
Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

INTRODUCCIÓN

El P. Federico Guillermo Fáber (1814-1863), dice el P. Antonio Royo Marín que, «es considerado como el príncipe de los autores espirituales ingleses. Se inspira en las escuelas italiana y francesa, aunque con muchas aportaciones personales. Sus obras han sido de las más leídas y apreciadas en todos los idiomas a que se han traducido. Fundado en el dogma que conoce bien, y en su larga experiencia de director de almas, trata de llevar a sus lectores al conocimiento íntimo de los misterios de Cristo para hacérselos vivir intensamente...» Su obra principal y más leída se titula: *Todo por Jesús*, pero por ser demasiado extensa, hemos entresacado de ella los capítulos principales y con ellos hemos hecho dos libros: este titulado «*Demos Gracias a Dios*», y otro que se titula «*Los Intereses de Jesús*».

Acción de gracias

Olvido de la acción de gracias. –Espíritu de la Eucaristía. –Faltas de las personas piadosas. –Los tibios, ordinariamente pagados de sí mismos. –Paternal providencia de Dios. –El espíritu de acción de gracias, característico de los Santos. –Devoción al Verbo eterno. –Prácticas. –Tradición judía de Filón. –Varios objetos de acción de gracias. –1.º Beneficios comunes. –2.º Beneficios personales. –3.º Aflicciones. –4.º Beneficios insignificantes. –5.º Beneficios varios. –6.º Criaturas irracionales. –7.º Beneficios de nuestros enemigos. Apostolado, de la Oración. –8.º Angeles y Santos. –9.º Sobrenaturalismo de la Iglesia y don de la fe. –Santa Juana Francisca de Chantal. –10. La Santa Misa. –Materiales para la acción de gracias después de la Misa y Comunión. –Nuestra correspondencia hasta el presente a los beneficios divinos. –Frutos espirituales de la acción de gracias. –Aplicación de la acción de gracias a los tres instintos de los Santos.

SECCIÓN 1

Olvido de la acción de gracias.

Todo cuanto llevamos dicho en las páginas anteriores se reduce evidentemente a esto; es a saber: que como el Evangelio no sea más que una ley de puro amor, no debemos contentarnos simplemente con salvar nuestra alma; o mejor dicho, que arriesgamos nuestra propia salvación si no tratamos de hacer algo, bien con obras, o ya con oraciones, a favor del alma de nuestros hermanos.

Además, siendo el Evangelio una ley de amor, preciso es que nuestra religión sea asimismo en lo posible un servicio de amor; y, en su consecuencia, que corremos un grave peligro de condenarnos si miramos la vida presente sólo como una oportunidad de alcanzar el Cielo por los medios más fáciles posibles y con la mera observancia de los preceptos rigurosamente necesarios, poniendo a un lado, cual asuntos que no nos conciernen; la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas.

Paréceme que no he sido demasiado exigente con vosotros; yo no os he propuesto, bien

lo sabéis, austeridad alguna corporal, ni un extraño alejamiento del mundo en que vivís; tampoco os he ordenado que aspiréis a la cumbre de la contemplación, al amor del sufrimiento, o a que vayáis en pos de algún penoso recogimiento interior a una singular y difícil presencia sensible de Dios nuestro Señor.

Me he contentado con poner delante de vuestros ojos aquellas prácticas y consejos de los Santos con cuyo auxilio podéis dulcemente ocuparos un poco más de Dios con alguna mayor facilidad y no menor amor. Ni siquiera he llegado a deciros: *Haced esto a lo menos; es necesario que no omitáis aquello;* -todo lo he dejado a vuestra elección y a vuestro amor.

Mi único objeto no es otro que persuadir a alguno de mis hermanos; uno solo que fuese me daría entonces por muy satisfecho que ame un poquito más a Dios por ser quien es. El orden de mi plan me lleva naturalmente, y como por la mano, a ocuparme ahora en la acción de gracias.

Ya hemos visto cómo Nuestro Señor dulcísimo; en su amor inefable, nos hace primariamente donación de todos sus tesoros, para que nuestra intercesión, unida al ofrecimiento de semejantes riquezas, sea más eficaz y pro-

vechosa; y en segundo lugar, cómo, además de tan incomparable fineza de su abrasada caridad, nos permite que engrandezcamos nuestras más triviales acciones, uniéndolas a sus divinos merecimientos y santas intenciones.

Pero aquellos ricos tesoros, no menos que el privilegio inestimable del engrandecimiento de nuestras más pequeñas acciones, no son aplicables únicamente a la oración de intercesión, sino que sirven también para la acción de gracias, y las alabanzas y deseos; en el presente capítulo me ocuparé en la acción de gracias, y las alabanzas y deseos serán objeto exclusivo del inmediato.

No hay cosa que se halle más en abierta oposición con la religión práctica de la mayor parte de los hombres que el deber de la acción de gracias; así es que no es fácil llegar a encarecer debidamente el extraño olvido del agradecimiento.

Poco es, en efecto, y bien escaso el tiempo que hoy se consagra a la práctica de la oración; pero todavía es menor el que se dedica a la acción de gracias; por cada millón de Padrenuestros y Avemarías que elevan los hombres de la tierra al Cielo, ya para preservarse de algún mal, o bien para conse-

uir cualquier beneficio, ¿cuántos creéis que dirigen al trono del Altísimo en acción de gracias por los males evitados o beneficios recibidos?

Y no es difícil hallar la razón de conducta tan extraña. En efecto: nuestro propio interés nos lleva, naturalmente, a la oración, y sólo el amor nos conduce a la acción de gracias; quien solamente desea librarse de las penas del infierno sabe a ciencia cierta que tiene que rogar; pero semejante sujeto vese privado de un estímulo parecido que le impulsa fuertemente a la práctica de la acción de gracias.

Y no se vaya a creer que esto es de ahora: nunca oración salió más de corazón que aquella fervorosa súplica y exclamación piadosa de los diez leprosos del Evangelio luego que vieron a Jesús entrando en una aldea: el deseo mismo de ser oídos les hizo atentos y corteses; paráronse de lejos por miedo de disgustarle si se le acercaban con enfermedad tan asquerosa como la suya; proceder que nos descubre muy a las claras que no conocían a nuestro Señor amoroso, ni sabían asimismo que había llegado su humillación hasta el punto de ser contado por un leproso entre los hijos de los hombres.

Alzaron su voz, diciendo: *¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!* Luego que se obró el milagro, nueve, llenos de un gozo egoísta, continuaron su camino para mostrarse al sacerdote; pero uno, *¡uno solamente!*, *¡y éste un infeliz y proscrito samaritano!*, apenas vió que había quedado limpio, volvióse glorificando a Dios a grandes voces y se postró en tierra a los pies de Jesús, dándole gracias por la merced que le había otorgado!

Hasta el Sagrado Corazón de Jesús quedó entonces como atónito y asombrado, y le dijo: *¿Por ventura no fueron diez los limpios? ¿Dónde, pues, están los nueves? ¡Ay, no hubo quien volviese a dar las gracias a Dios sino este extranjero!* ¡Cuántas veces no hemos nosotros causado la misma desagradable sorpresa al Sacratísimo Corazón de Jesús!

Cuando el olvidó de un deber llega hasta el punto de espantarnos, cuál nos sucede indudablemente con el olvido de la acción de gracias, natural es que se deseé saber cuánta es la obligación que pesa sobre nosotros acerca del asunto; y para ello, ningún medio existe más a propósito que la autoridad de las Escrituras.

Dice San Pablo, escribiendo a los de Efeso, que debemos ocuparnos en *dar siempre gra-*

cias por todas las cosas al Padre y Dios, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo (1); que abundemos en toda sencillez, la cual hace que demos gracias a Dios (2).

Amonesta igualmente a los Filipenses *a no ser solícitos de cosa alguna, sino con toda oración y ruegos, con hacimiento de gracias, sean manifiestas sus peticiones delante de Dios (3);* y a los de Colosa les escribe el mismo Apóstol, que *así como recibieron al Señor Jesucristo, procuren andar en Él, arraigados y sobreedificados en su Persona, confirmados en la fe, según la aprendieron, creciendo y abundando en Él mismo con acción de gracias (4);* y añade en otro pasaje de la carta, *que perseveren en oración, velando en ella con hacimiento de gracias (5).*

Dícese, prosigue San Pablo, hablando a Timoteo, *que Dios nuestro, Señor crió las viandas para que fuesen recibidas con acciones de gracias por los fieles y aquellos que conocieron la verdad; porque es buena toda criatura de Dios, y no es de desechar nada de cuanto se recibe con acción de gracias (6).*

(1) Cap. 5, v. 20.

(2) 2 Cor., cap. 9, v. 11.

(3) Cap. 5, v. 6.

(4) Cap. 2. v. 7.

(5) Cap. 4, v. 2.

(6) I Tim. cap. 4, v. 3.

El desagradecimiento, concluye el Apóstol, era lo que caracterizaba a los gentiles, pues conociendo a Dios no le glorificaron como a tal, ni le dieron gracias (7).

¿Qué es nuestra vida en la tierra más que una preparación para la vida real del Cielo? ¿Y en cuál otra ocupación emplearemos allá nuestra vida sino en alabanzas y acciones de gracias.? ¿Qué lenguaje es el de los Ángeles, ancianos y criaturas vivientes del Apocalipsis más que *bendición, y gloria, y sabiduría, y acción dé gracias, honra, y virtud; y fortaleza a nuestro Dios por los siglos de los siglos, Amén?*

Cierto es que estamos incesantemente invocando a la Santísima Virgen, a los Ángeles y Santos de la Corte celestial; que sabemos y tenemos seguridad que se ocupan allí sin descanso en rogar por nosotros; pero con todo, ¿me faltan a mí acaso razones para sostener que al representarnos el Cielo en nuestra mente, las más de las veces nos le imaginamos como mansión de alabanzas y acciones de gracias, y no como lugar de oración?

Más aún: algunos siervos de Dios, teniendo la muerte ante los ojos, luego que la vida

(7) Rom., cap. 1, v. 21.

del Cielo comienza sobre ellos a proyectar rayos de vivísima luz, como si ya estuviesen oyendo los cantares angélicos y gozando, embelosados, de su dulce melodía, gastan en acciones de gracias aquellas horas espantosas que, más que todas las de la vida, exigen humildes peticiones, oraciones de compunción y de lágrimas.

Así es que, cuando San Pablo de la Cruz cayó gravemente enfermo, pasaba los días ocupado en alabanzas y acciones de gracias, repitiendo a menudo, con singular devoción, aquellas palabras del Gloria: *Os damos gracias por vuestra grande gloria*; palabras que habían sido siempre su jaculatoria favorita, y exhortaba con frecuencia a sus religiosos a usarla todas las veces que tuviesen entre manos algún negocio particular, diciendo con encendido fervor de su corazón: *A la mayor gloria de Dios*.

Otras veces, postrándose el siervo de Dios en espíritu del trono de la Beatísima Trinidad, exclamaba inflamado en la llama del divino amor: *¡Santo, santo!*, o *¡Bendición y claridad!*, etc., alabanza que solía llamar la canción del paraíso.

Ahora bien: la Iglesia militante es un reflejo de la Iglesia triunfante; el culto de la una

es el eco e irradiación del culto de la otra; y como la vida del Cielo es una vida de alabanzas y acción de gracias, así en su medida debe ser la medida de la tierra.

EL centro de todas nuestras adoraciones es la Eucaristía, esto es, según expresa la palabra, el sacrificio de acción de gracias; todo toma su tono de la Eucaristía; todo en la Iglesia de Dios recibe su irradiación del Santísimo Sacramento, y el espíritu de la Eucaristía debe hallarse por doquiera.

Así es que hasta los judíos creían, según testimonio de Wetstein, apoyado en el Talmud, que llegaría un día en que cesare toda oración, excepto la oración de acción de gracias. Pero volvamos a nuestro asunto, el cual no es otro más que la acción de gracias considerada como parte de nuestro servicio de amor.

Supongamos, pues, que la verdadera idea del culto fuese aquella que envuelve la práctica común de la mayor parte de los hombres, es decir, una simple oración al Omnipotente. ¿Qué relaciones serían entonces las nuestras para con nuestro Dios y Señor? Él es nuestro Rey, nuestro Superior, el Guardián de nuestros tesoros y la riqueza misma por esencia; acudimos ante su divino acatamiento para pe-

dirle algún favor, y es para nosotros lo que un rico para un mendigo; el propio interés, he aquí cuál sería entonces el objeto principal de todas nuestras adoraciones. O bien tememos su divina justicia, y deseamos vernos libres del castigo que merecemos y que se nos perdonen nuestras culpas; es compasivo, y oirá nuestras plegarias como seamos importunos.

Si, pues, todo nuestro culto consistiese solamente en la oración, claro está que no podríamos en tal caso elevarnos a otras consideraciones más levantadas. Pero no se vaya por eso a creer que ya excluya, la oración del culto católico; no desconozco que es uno de sus constitutivos esenciales, y, en su consecuencia, enteramente necesaria para nuestro adelantamiento en la vida espiritual, porque la oración nos enseña a depender de Dios, y la oración despachada, a poner en Él toda nuestra confianza.

Mas no se contenta la infinita Bondad con esto solamente: quiere que pasemos más adelante todavía, pues que tenemos que vivir en compañía suya por toda la eternidad; y Dios ha de ser nuestro gozo perdurable, y la verdadera felicidad del hombre consiste en conocerle y amarle, y el amor divino es la dulce y

sempiterna alabanza que se rinde al Altísimo por los siglos de los siglos.

Así como el espíritu de oblación, esto es, la facultad de ofrecer al Señor presentes, nos pone en relaciones más afectuosas y familiares hacia su divina Persona, así igualmente sucede con el espíritu de acción de gracias. Mostrarnos agradecidos a un bienhechor únicamente con el fin de conseguir de él mayores beneficios, semejante agradecimiento no es un acto de acción de gracias, sino una forma halagüeña de oración, una petición disfrazada.

Menester es, pues, que demos rendidas acciones de gracias a Dios nuestro Señor porque le amamos, porque el amor que tiene la dignación de profesarnos hiere, y eleva, y embelleza, y domina, y arrebata nuestro ánimo, igualmente que nuestro corazón.

En efecto: tan cierto es que la acción de gracias es asunto de amor, que allí en el Cielo el agradecimiento al Dios omnipotente será nuestra eterna ocupación, luego que nos haya dado la corona de la Visión Beatífica, cuando nos haya otorgado todo lo que seamos capaces de contener y no pueda ya quedarnos cosa alguna por recibir.

La acción de gracias es, pues, la verdadera esencia del culto católico; y así como la práctica de tan piadoso ejercicio acrecienta nuestro amor, así su olvido nos descubre claramente el poco amor que atesora nuestro corazón.

Si tenemos fundado motivo para apiadarnos de Dios, permítasenos este lenguaje atrevido de San Alfonso de Ligorio, por los ultrajes conque los hombres ofenden a su Majestad soberana, con más sobrada razón deberemos compadecerle viendo la ruindad y miseria de las acciones de gracias que se atreven a ofrecerle en agradecimiento a sus singulares mercedes y dádivas graciosas.

Aun entre nosotros no hay cosa tan odiosa como la ingratitud; y la ingratitud es, sin embargo, el alimento diario que osamos ofrecer al mismo Dios omnipotente. No existen palabras que puedan encarecer las infinitas larguezas con que el Señor se ha servido colmar a sus criaturas; son inagotables los riquísimos mineros de incomparable misericordia que encierran los títulos que tanto le enaltecen, a saber: de Creador, Rey, Redentor, Padre y Pastor; gusta sobremanera que sus hijos, los hombres, se muestren agradecidos a las singulares mercedes que tiene la dignación de otorgarles porque todo

cuanto exige de nosotros es amor, y semejante deseo de parte suya es en sí mismo un acto de infinita caridad hacia sus criaturas; fue, últimamente, voluntad de Dios hacer depender su gloria divina de nuestro agradecimiento; ¡y llegará a tal punto nuestra perfidia que nos atrevamos a negársela con la más negra ingratitud!

Pero lo peor de todo es que semejante ultraje no se lo hacen aquellos que son enemigos suyos, y en cuya conversión puede su infinita misericordia ganar ricos tesoros de gloria entre los hijos de los hombres; le recibe de su propio pueblo predilecto, de aquellos que frecuentan los Sacramentos y hacen profesión de piedad; de aquellos, en fin, a quienes está Él diariamente enriqueciendo y colmando con singulares dones y especiales larguezas del Espíritu Santo.

No pocos de nosotros llegamos a horrorizarnos a la vista del pecado y sacrilegio; aflígennos y angustian nuestro corazón los días del Carnaval; los escándalos punzan vivamente nuestra alma, y la herejía causa en nuestro espíritu un verdadero sufrimiento, un escozor desagradable, bastante parecido al que produce el humo en los ojos.

Todo esto es muy bueno y soberanamente loable; pero con nuestro culpable olvido de la

acción de gracias continuamos rehusando a Dios la gloria que le es debida; a muy poca costa podríamos glorificar a nuestro Padre Celestial, y difícilmente llega, no obstante, a ocurrirnos semejante pensamiento, y ¿nos atrevemos todavía a sostener que le amamos real y verdaderamente?

Lo único que nosotros debemos hacer —¿cuántas veces habrá que repetir lo mismo?— es amar a Dios y promover su mayor gloria. ¡Líbrenos el Señor de que lleguemos a imaginar que tenemos alguna otra cosa más en que emplearnos! Corramos, pues, el mundo; demos vueltas por toda la redondez del globo buscando estas olvidadas perlas de la corona de gloria de nuestro Padre Celestial, y ofrezcámoselas en rendida adoración.

¿Cómo tenemos valor para desear ocuparnos en cualquier otro asunto menos en el importantísimo negocio de la gloria de Dios? Siervos suyos ha habido que llegaron hasta desear no morir nunca, para que, viviendo siempre en la tierra, glorificasen a Dios con mayores sufrimientos.

Claro está que no es fácil abriguemos nosotros semejantes deseos; mas pueden aprovecharnos grandemente, porque nos descubren

el poco amor que profesamos a tan cariñoso Padre, y paréceme que semejante manifestación es ya una gran cosa.

Concíbese fácilmente que se engañen los hombres, llegando a persuadirse que aman a Dios cuando ni siquiera mantienen viva una sola centella de ese fuego celestial; o bien que abriguen deseos de amarle y no sepan cómo hacerlo; pero ¿es posible que uno conozca lo poco que ama a Dios, y la facilidad que tiene para amarle más cada día, y con todo no desee hacerlo así? Jesús murió para impedir semejante posibilidad; ¿y habrá muerto en vano?

Perdóneseme si vuelvo a repetir que no encuentro cosa alguna repreensible en el olvido de la acción de gracias por parte de los pecadores que viven separados de la gracia de Dios y alejados de los Sacramentos; porque semejantes sujetos tienen que ocuparse en otros negocios, es a saber: en hacer penitencia, reconciliarse con su Dios y Señor y lavar de nuevo sus almas en la preciosa Sangre de Jesucristo.

El olvido de la acción de gracias es una ingratitud que Nuestro Señor dulcísimo ha de echar en cara solamente a aquellos hijos suyos a quienes ha perdonado sus culpas; a aquellos

que viven en su amistad y están gozando pacíficamente de todos sus privilegios y divinas mercedes; y he aquí una ingratitud que merece ser notada con especial cuidado, y sobre la cual es menester que fijemos toda nuestra atención.

Efectivamente: tengo para mí que las faltas de las personas piadosas –no hablo de aquellos ligeros deslices y flaquezas propios de la mísera condición humana, sino de las faltas de tibieza y frialdad– encierra una especial odiosidad que les es propia, y acaso sea ésta la razón por que emplea Dios en el Apocalipsis un lenguaje tan inusitado y lleno de viveza y energía contra la flojedad y tibieza.

Cuando los Ángeles preguntaron al Señor, después de la Ascensión gloriosa a los Cielos, qué heridas eran aquellas que llevaba en sus manos, ¡oh cuán significativa es la contestación que Nuestro Señor adorable tuvo la dignación de darles! *Son, les dijo, las heridas que he recibido en la casa de mis amigos.*

Paréceme no estaría de más que se escribiese un tratado cuyo título fuese el siguiente: *Pecados de las personas piadosas*; porque son dichas culpas muy numerosas y variadas, y contienen una particular malicia y odiosidad,

siendo la ingratitud uno de sus principales caracteres; tenedlo bien presente, siquiera mientras nos ocupamos en la acción de gracias.

He aquí, pues, un asunto que sólo interesa a los buenos católicos, esto es, a los hombres y mujeres que oran, que frecuentan los Sacramentos y forman la porción escogida y devota de nuestras congregaciones; y cualquiera reconvención sobre el particular se dirige únicamente contra dichos sujetos.

Y no es, por cierto, pequeña consolación que pueda uno expresarse con semejante franqueza; porque las gentes tibias están por lo común tan pagadas de sí mismas, que, como digo, es un verdadero consuelo poder llamarlas aparte, hablándolas allí al oído de la manera siguiente:

«Al presente nada tenemos que ver con los pecadores; no podéis hacerles responsables de cosa alguna; vosotros sois los únicos culpables, y la reprobación, exclusivamente vuestra; trátase aquí de una obligación que si no la practicáis por amor de Dios, sois unos miserables y unos malvados; malvados, sí, bien lo sabéis que éste es el término propio, el epíteto conocido que se da a los ingratos; y con todas vuestras oracio-

nes y sacramentos no cumplís, sin embargo, ¡oídlo bien!, con el sagrado deber del agradecimiento a los beneficios divinos.

Dura es ciertamente, ya lo veo, la consecuencia que de aquí tenéis que inferir; mas ¿por qué no nos resolvemos, así yo como vosotros, a recitar un humilde *Confiteor*, rogando a Dios que nos otorgue un pequeño aumento de gracia, para de esta suerte proporcionar a tan cariñoso Padre el singular contentamiento de ver cuán diferente es nuestra conducta en lo venidero? No sin razón débenos repetir con frecuencia: De las faltas particulares de las personas piadosas, libranos, Señor.»

Existen Sacramentos, es verdad para borrar el pecado; mas para la tibiaza no hay absolutamente ninguno. ¡Qué digo ninguno! ¡Si es peor todavía! Pues ¿quién que haya tenido a su cargo la dirección de las almas no sabe cuánto endurece la Comunión frecuente a los corazones tibios? ¿Por ventura habéis vosotros conocido diez personas contagiadas de la tibiaza que fuesen todas curadas de semejante enfermedad? Y las nueve, ¿a qué debieron su curación más que a la vergüenza que causaron en su ánimo las caídas en culpas mortales? ¡Juego es, ¡ay!, ciertamente bien desesperado,

el aguardar que las cárceles del infierno hagan las veces de las medicinas del Cielo, arriesgando en semejante experimento nada menos que la eternidad!

La Biblia es una revelación de amor, mas no la única; para cada uno de nosotros existe además una revelación particular y personal del divino amor, la cual consiste en la consideración de aquella providencia paternal con que Dios ha tenido la dignación de velar por nosotros durante todo el curso de nuestra vida mortal.

Porque ¿quién es capaz de contemplar la larga cadena de gracias de que se va componiendo su vida desde la hora en que recibió el bautismo hasta el presente, sin un sentimiento de sorpresa a la vista del infatigable esmero y cuidadosa solicitud que el amor de Dios ha desplegado hacia su persona?

La manera como se han dispuesto las cosas para su dicha y mayor felicidad; la desaparición de obstáculos, mientras a ellos se acercaba, y puntualmente cuando le parecían insuperables; las tentaciones trocadas en mercedes, y aquello mismo que a primera vista creía un castigo, enteramente cambiado en prueba muy regalada del divino amor; toda tribula-

ción ha sido para él un singular beneficio del Cielo; los conocimientos casuales tuvieron su significación e hicieron su oficio a las mil maravillas; cualquiera diría que el mismo amor, con toda su previsión, no hubiera podido tejer diferentemente la tela de su vida; aun cuando los hilos hubiesen sido puro amor, y nada más que amor, al pronto ni siquiera tenía conciencia de semejantes portentos, ni sabía que Dios sé hallaba tan cerca de su persona, porque no hay cosa de menos ostentación que el amor paternal.

Cuando Jacob formó su cabecera de duras piedras, y se echó a dormir, aunque tuvo la visión de la escala, nada vió de extraordinario en aquel sitio; despertó del sueño y exclamó: *Verdaderamente, el Señor se encuentra en este lugar, y yo no lo sabía.*

Deseando Moisés ver a Dios, colócole el Señor en un agujero de la peña, le amparó con su diestra mientras pasaba su gloria inefable, y le dijo: *Quitaré luego mi mano, y verás mis espaldas, pero no podrás ver mi rostro.*

Tal es siempre la conducta de Dios: muéstrase con nosotros tierno, y amoroso, y benigno, y compasivo; arde nuestro corazón dentro del pecho, como ardía el de aquellos

dos discípulos que iban hablando con Jesús por el camino de Emaus; pero hasta después de haberse alejado de nuestra vista no sabemos con entera certidumbre que fuese el mismo Dios, Señor nuestro.

Así es que sólo por la meditación podemos llegar á conocer a Dios; es menester que, a semejanza de la Santísima Virgen María, ponderemos las cosas que se van sucediendo; que, cual otro Isaías, rumiemos y pensemos detenidamente las maravillas del Señor; que a ejemplo, en fin, de Jacob y David, guardemos en la memoria las divinas misericordias; que las pesemos y contemos, y hagamos de ellas una grande estimación.

Incesantemente estaba el primero ocupado en recordar su vida aventurera; Dios era para aquel Patriarca el Dios de Bethel, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac. ¿Cuál fué también la reprensión de David a su pueblo, sino que había olvidado al Dios que hizo cosas grandes en Egipto, obras maravillosas en la tierra de Canaán, y terribles y espantosos portentos en el mar Rojo?

Los beneficios que conocemos son más que suficientes para encendernos en la llama del divino amor, y eso que nunca llegaremos a conocer la mitad de ellos hasta el día del jui-

cio; porque, ¿quiénes somos nosotros para que Dios haya tenido la dignación de legislar en favor nuestro, y hecho al mismo tiempo todos los esfuerzos posibles para complacernos? ¿No tenía ningún otro mundo que gobernar? ¿No existían otras criaturas más sabias, y más santas, y más bellas que nosotros?

Sin embargo, lo que a nosotros más nos preocupa es la predestinación y el castigo eterno del infierno, devanándonos los sesos discutiendo sobre aquello que no podemos alterar ni aun comprender.

Paréceme que semejante conducta es la cosa más irracional del mundo; porque si bien poseemos bastantes nociones acerca de la Divinidad, pocas, o acaso ninguna, tenemos fuera de aquellas que el mismo Señor ha tenido la dignación de revelarnos; así es que, cuando argüímos contra Dios, apóyanse nuestros razonamientos no sobre aquello que vemos, sino sobre lo que el Señor en su infinita bondad se ha servido enseñarnos de sí mismo.

Ahora bien: es preciso observar aquí, y por lo común pasa enteramente desapercibido que el objeto principal de las enseñanzas de Dios es su misericordia infinita e inefable condescendencia.

La severidad divina es el lado oscuro de la Majestad soberana y tremenda del Altísimo, no sólo a causa del espanto que infunde en el ánimo, sino también por habernos dado el Eterno acerca de ella nociones muy escasas.

Pero tratándose del amor ha sido copioso, explícito, minucioso; explica, repite, razona, arguye, persuade, se queja, invita, halaga, ensalza; de su inexorable indignación solamente una que otra vez deja caer alguna expresión de sus divinos labios; asústanos con la revelación de sus terribles juicios, mas como espanta únicamente movido del amor hacia sus hijos los hombres, afánase luego por explicarla, y suavizarla, y armonizarla.

Pero no es esto sólo: las expresiones más espantosas sobre la alteza de sus juicios son desahogos más bien que revelaciones salidas de su boca divina; explosiones del asombro que embargaba el ánimo de sus criaturas, de Job, por ejemplo; de Isaías, de Pedro y de Pablo.

Y aun cuando así no fuese, la terribilidad de semejantes frases es en sí misma una nueva prueba de su amor; porque ¿podemos acaso nosotros adivinar lo que su sabiduría y misericordia infinitas quieren darnos a entender con semejante manera de conducirse?

Así como no vemos sino un sólo lado de la luna, así tampoco nos es concedido ver más que un lado de Dios; ¿cómo conocer, pues, aquello que no vemos? ¿Quién es capaz, en efecto, de contar las varias manifestaciones de la infinita bondad de Dios, los ingeniosos artificios de su misericordia y las maravillas de su compasión hacia los hombres, criaturas suyas? ¿Esfuérzase por llamar nuestra atención acerca de semejantes finezas de su amor, pero nosotros de todo nos cuidamos menos de esto; afanámonos por aquello mismo que Él quisiera que apenas pensáramos, y desdeñamos ponderar todas aquellas inefables muestras de cariño paternal que se digna darnos, y que son personales entre Él y nosotros, toques reales y sensibles de su abrasada caridad.

Mientras el Señor se está dando trazas por ordenar y enderezar las cosas para ganar nuestro amor, nosotros, con descaro inconcebible, trabajamos por contrariar y poner estorbos a su ternura y excesiva longanitud y paciencia.

Considerad por un momento la incomparable grandeza de ser dichosos por Dios; ponemos en la balanza y pesaos con Él, y entonces veréis qué cosa es ocupar su divino entendimiento.

miento, llamar su atención, probar su paciencia y provocar su amor.

El mismo pensar en Dios es un blando lecho donde podemos acostarnos y descansar tranquilamente cuando más nos agrade; el recuerdo de su Majestad soberana causa en nuestro ánimo un gozo mayor que la visión de un Angel, y es más vistoso y regalado que el rostro bellísimo de María, que tan embelesador y hechicero le hará aquella su dulce y agraciada sonrisa al saludar, gozosa, en la gloria a nuestras almas justificadas y ricamente engalanasadas con el precioso ropaje de la santificación y los brillantes aderezos de todas las virtudes.

Que sea un Dios tan rico en perfecciones y misericordia es más, incomparablemente más, que un simple reposo y descanso apacible; es un gozo y dicha inefable que se haya servido amarnos con eterno amor, y que sea nuestro Padre muy cariñoso es un gozo sobre todo gozo, y el mismo Cielo incoado en la tierra.

¿No será, pues, una maravilla del mundo que se tributen al Altísimo tan escasas acciones de gracias; un prodigo más grande que el raro ejercicio de la oración, y un portento, últimamente, casi tan asombroso como el por-

tento incomparable de que Dios tenga la dignación de amarnos con tan encendido amor de su corazón?

SECCIÓN 2

El espíritu de los Santos es un espíritu de acción de gracias.

El espíritu, característico de los Santos ha sido en todas las épocas un espíritu de acción de gracias; la acción de gracias fue siempre su oración favorita, y cuando la humana ingratitud angustiaba su amor divino, convidaban entonces a los animales y criaturas inanimadas a bendecir a la infinita bondad de su Hacedor y Padre misericordioso y compasivo.

Traslademos aquí un bellísimo pasaje de San Lorenzo Justiniano en su *Tratado de la obediencia* (8): «Quienquiera que –son palabras del Santo– intentare enumerar todos los beneficios divinos, se asemejaría a aquel que tratase de encerrar en un pequeño vaso el inmenso piélago de aguas del vasto Océano; y

(8) Cap. 28.

todavía sería más fácil esta operación que la de publicar con la humana elocuencia las innumerables larguezas divinas.

Pero si bien semejantes mercedes son inexplicables, no menos por su muchedumbre y grandeza, qué por su incomprendibilidad, no deben, sin embargo, pasarse en silencio, abandonándolas a un olvido completo; porque aunque nos sea imposible apreciarlas debidamente, preciso es, con todo, que sean confesadas con la boca, reverenciadas con el corazón y honradas con cristiana religiosidad, según es dado a nuestra mísera flaqueza humana.

La lengua, ciertamente, es incapaz de explicarlas, cero fácil cosa es encarecerlas con los tiernos y piadosos afectos de nuestro corazón; y la misericordia infinita de nuestro eterno Creador y Señor se dignará aceptar benigna no sólo lo que podemos practicar, mas también aquello mismo que deseamos poner por obra, pues que cuenta como méritos del justo, así las obras buenas que ejecuta, como el deseo de su voluntad.»

Cuéntase que el Eterno Padre reveló a Santa Catalina de Sena que el hacimiento de gracias hace al alma deleitarse incesantemente en su soberana Majestad, que libra a los hombres

de toda negligencia y tibieza en el servicio divino, e inspira en su ánimo vivísimos deseos de complacerle más y más cada día en todas las cosas.

El aumento de la acción de gracias es la razón que el Señor da a Santa Brígida para la institución del sacrificio augusto de la Misa: *Diariamente; le dice, se está inmolando mi Cuerpo sobre el ara del altar, para que el hombre se encienda en la llama del divino amor y recuerde con más frecuencia mis beneficios.*

Dichoso aquel, exclama San Bernardo, que a cada gracia que recibe se vuelve con el pensamiento a Aquel en quien se halla la plenitud de todas las gracias; porque si correspondemos agradecidos a los favores que nos ha otorgado, alcanzaremos ulteriores mercedes de sus divinas manos.

Y en otro lugar añade el mismo Santo Doctor: *Hablad a Dios con hacimiento de gracias, y veréis cómo conseguís abundantes beneficios de su infinita liberalidad.*

Oigamos a este propósito a San Lorenzo Justiniano: *Como observe el Señor que correspondéis agradecidos a sus divinas larguezas, os colmará entonces de singulares dones, a cuales más ricos y regalados.* Ultimamente, le

fue revelado a Santa María Magdalena de Pazzi que la acción de gracias disponía el alma a recibir las infinitas larguezas del Verbo Eterno.

Detente ahora, lector amado, y medita unos cuantos minutos sobre el Verbo Eterno; recuerda que es la segunda persona de la Beatísima Trinidad, el Hijo Unigénito del Padre, el esplendor de su divina Majestad, la Sabiduría increada, la Persona misma que encarnó y murió por nosotros, Aquel que envió al Espíritu Santo, quien nos dió a María y se da a sí mismo en el Santísimo Sacramento; Aquel en cuya mente se revuelven en este momento los innumerables lustros de todas las criaturas posibles.

Pondera igualmente que sus infinitas larguezas carecen de límites y medida, que nos es imposible contar su número, secar su frescura, penetrar su excelencia, abarcar su plenitud y dar inteligibles nombres humanos a sus especies, invenciones, variedades, portentos y singulares maravillas.

¡Oh si tuviésemos una muy especial devoción a la Persona del Verbo Eterno! ¡Si nos fuese dado leer todas las grandezas que la Iglesia puede de Él contarnos, y luego nos resolviésemos a meditar y hacer actos de amor sobre aquello mismo que estamos leyendo!

¡Oh qué medio este tan eficaz para aumentar nuestra devoción hacia la Sacratísima Humanidad del Hijo Unigénito del Padre para velar en su pesebre, y gemir sobre su Cruz, y adorarle en su tabernáculo, y ampararnos y guarecernos en el seno de su Sagrado Corazón!

Pide, pues, a San Miguel, San Juan Evangelista y San Atanasio, que te alcancen esta devoción, pues que sus ruegos tienen un especial valimiento ante el acatamiento divino para procurarnos tan singular beneficio, y verás cómo corres por los caminos de Dios luego que el calor de dicha devoción haya convertido tu corazón en horno de fuego.

Ten igualmente presente que el mismo Señor nos ha dicho, por boca de su sierva Santa María Magdalena de Pazzi, que la acción de gracias prepara el alma a las divinas larguezas del Verbo Eterno.

Ya ves, pues, la necesidad en que estás de empezar desde hoy, ahora mismo, un nuevo género de gracias más digno del Rey de la majestad que aquellas poco frecuentes formalidades, simples cortesías y meros respetos con que hasta aquí te has contentado para corresponder agradecido a los inestimables favores y señala-

das larguezas con que el Señor se ha dignado colmarte a pesar de tu ruindad y bajeza.

Hazle, sí, en este mismo momento semejante promesa, y en seguida, más encendido el corazón en la llama del divino amor, prosigue leyendo.

Cuenta San Buenaventura, o mejor dicho, el autor de las *Meditaciones sobre la Vida de Cristo*, que la Santísima Virgen daba gracias a Dios sin intermisión; y a fin de que las salutaciones ordinarias no la distrajesen en sus alabanzas al Altísimo, cuando alguno la saludaba, tenía la costumbre de contestarle: *Deo gratias*; adoptando no pocos Santos, a ejemplo suyo, la misma práctica piadosa.

El P. Diego Martínez, de la Compañía de Jesús, llamado «el Apóstol del Perú» por su celo por la salvación de las almas e infatigable laboriosidad en aquella provincia, solía diariamente decir cuatrocientos y hasta seiscientos *Deo gratias*, llevando consigo cierta especie de rosario para ser puntual en el número de veces que se había propuesto recitar semejantes palabras; y sin cesar estaba induciendo a los demás a practicar la misma devoción, asegurando que ignoraba hubiese ninguna breve jaculatoria más acepta a los divinos ojos, siem-

pre, por de contado, que se dijese con devota intención.

Cuéntase igualmente de este religioso, en el sumario de su proceso, que los actos formales de amor de Dios que cada día practicaba llegaban no raras veces a varios miles.

Refiere Lancisio, tomándolo de Filón, que existía entre los judíos una tradición bastante original, la cual es como sigue: «Luego que Dios hubo creado el mundo, preguntó a los Angeles qué juicio habían formado sobre esta obra de sus divinas manos, y uno de ellos se atrevió a contestarle, diciendo: que como era tan grandiosa y perfecta, le parecía que faltaba una cosa solamente, es a saber: una voz clara, sonora y armoniosa que estuviese sin cesar llenando con su eco todos los ángulos del mundo, para de esta suerte ofrecer día y noche a su Hacedor continuas acciones de gracias por los beneficios e incomparables mercedes con que la había enriquecido.

Ignoraban aquellos espíritus bienaventurados que había de llegar época en la cual tenía que llenar el Santísimo Sacramento la función sublime de alabar, y glorificar al Creador del universo; y ved aquí la razón por qué nuestra acción de gracias no debía ser un ejercicio

de devoción practicado de vez en cuando, pues la voz del amor que se mantiene siempre vivo y lleno de frescura y lozanía en el fondo de nuestros corazones preciso es que se oiga sin cesar.

En varios de los pasajes de San Pablo arriba citados habla el Apóstol de los ruegos con acción de gracias como si no pudiese haber oración alguna de la cual no forme parte el hacimiento de gracias; cuyo lenguaje es asimismo una confirmación de lo que llevo dicho, esto es, que el Espíritu de la Eucaristía se encuentra en todo acto de devoción católica.

«Paréceme —afirma San Gregorio Niseno— que si durante toda nuestra vida estuviésemos conversando con Dios sin interrupción ni distracción alguna, y no haciendo otra cosa más que rendirle acciones de gracias por sus inefables larguezas, tan lejos estaríamos de corresponder agradecidos a nuestro celestial Bienhechor, como si nunca nos hubiese ocurrido semejante pensamiento.

Efectivamente, el tiempo comprende tres partes: pasado, presente y futuro. Si examinamos el presente, veremos que Dios es por quien vivimos; si el futuro, Él es el objeto de todas nuestras esperanzas, y si consideramos, por fin,

el pasado, veremos igualmente que jamás hubiéramos existido si Dios no nos hubiese creado. Beneficio suyo fue, pues, el que naciésemos, y aun después de nacidos, nuestra vida y hasta nuestra misma muerte fueron, como asegura San Pablo, singulares mercedes de sus liberales manos, y cualesquiera que sean nuestras esperanzas futuras, están asimismo pendientes de los beneficios divinos.

Sólo, pues, somos dueños del presente, y, en su consecuencia, aunque nunca jamás interrumpiésemos las acciones de gracias durante todo el curso de nuestra vida, difícilmente haríamos todavía lo bastante para corresponder agradecidos al favor, que es siempre presente; pero nuestra imaginación no puede concebir ningún método posible para mostrar nuestro reconocimiento por el pasado, y el tiempo futuro.»

Como por vía de apéndice a estas autoridades, parécesme que no será inoportuno añadir que la Iglesia ha concedido indulgencias a varias fórmulas de acciones de gracias para aficionar más y más a sus hijos a que glorifiquen a Dios con tan santas devociones.

Ya se nos ofrecerá ocasión de recordar que no pocas de estas prácticas son acciones de gra-

cias a la Beatísima Trinidad por los singulares dones y señaladas mercedes con que enriqueciera a la Virgen María, Reina y Señora nuestra.

Nos servirá, ciertamente, de poderoso auxiliar en nuestro agradecimiento la clasificación de los principales beneficios por los cuales estamos obligados a rendir a Dios continuas acciones de gracias, y yo aconsejaría que en esta materia, como en muchas otras, siguiésemos el orden y método que propone el Padre Lancisio.

SECCIÓN 3

Varios objetos de acción de gracias.

1.º Debemos dar gracias a Dios, en primer lugar, por los beneficios comunes a todo el humano linaje; San Juan Crisóstomo es muy enérgico acerca de este punto, y nuestro Señor llegó a llamar a la práctica de acción de gracias por los beneficios comunes «el collar de su esposa», cuando, habiéndose dignado desposarse con Santa Gertrudis, e instruyéndola sobre los adornos espirituales con que debía vestir y engalanar su alma, dijo:

La exposa tiene que llevar sobre su cuello las señales del desposorio, esto es, la memoria de los favores que te he otorgado; la soberana generosidad con que te creara, dándote cuerpo y alma; la inefable larguezza con que te he concedido salud y biénes temporales; la abrasada caridad con que te he separado de los devaneos del mudo, muriendo por ti y restituyéndote, si así es voluntad tuya, tu antigua herencia.

Cuenta Orlandini que el hacimiento de gracias por los beneficios comunes fué una de las devociones características del P. Pedro Fabro, de la Compañía de Jesús. Ocupábase sin cesar este siervo de Dios en traer a la memoria con singular agradecimiento no sólo los divinos oficios particulares, sino también aquellos que son comunes a todo el género humano, y siempre tuvo presente la estrechísima obligación de dar gracias a la infinita liberalidad de Dios por los beneficios comunes, no menos que por los especiales, siendo para él motivo de grande aflicción ver el poco aprecio que de ellos hacía la generalidad de los cristianos, por conceptuarlos asunto de escasa importancia.

Lamentábase de que los hombres rara vez bendijesen aquella dulce voluntad y caridad

inmensa de Dios, que movieron sus paternales entrañas a crear el mundo y redimirle después a costa de su Sangre preciosísima, abriendonos así las puertas de la eterna bienaventuranza, y dignándose en todas estas finezas de su encendido amor, pensar particular y distintamente en cada uno de nosotros.

Bajo el nombre de beneficios comunes van comprendidas las gracias todas de la sagrada Humanidad de Jesús, los gloriosos dones y singulares prerrogativas de la Madre de Dios, y todo el esplendor y hermosura de los Ángeles y Santos de la Jerusalén celestial.

Entré otras promesas que hizo Dios a Santa Gertrudis, fué una la siguiente: «Todo aquel que alabe a Dios con devota intención, y le dé gracias por los favores otorgados a Gertrudis, será misericordiosamente enriquecido por el Altísimo, si no al presente, a lo menos en alguna ocasión propicia, con tantos dones espirituales cuantas fueren las acciones de gracias que él ofreciera.»

Cuenta Orlandini que el Padre Fabro solía estar continuamente congratulando a los Ángeles y Bienaventurados del Cielo por todos los dones que habían recibido de las manos de su Creador, ponderando con especial asidui-

dad las gracias particulares con que les enriqueciera, y luego, separadamente por cada una de ellas, nombrando las más que le era posible, daba a Dios en nombre de estos cortesanos del Cielo rendidas acciones de gracias por semejantes mercedes; porque decía que era una devoción provechosísima a nuestras almas y muy agradable a los habitantes de la Jerusalén celestial, quienes veían claramente la inmensurabilidad de la deuda de gratitud que deben a Dios, así como la imposibilidad en que se hallan de satisfacerla cumplidamente.

Y llegó Fabro a remontarse a regiones tan elevadas con el continuo ejercicio de esta devoción, que no había una sola dádiva otorgada por la Bondad divina a cualquier individuo que no considerase como deuda personal que debía pagar al Señor su Dios; así es que apenas llegaba a apercibirse de algún próspero acontecimiento sobrevenido a un hermano suyo, cuando, lleno de alborozo, entonaba al Rey de los siglos un cántico de alabanzas y hacimiento de gracias.

Más aún: contemplaba arrobado y con los ojos rebosando júbilo las lindas y hermosas ciudades, las fértiles campiñas, los hechiceros olivares, los deliciosos viñedos, los risueños

prados, los alegres valles, y como semejantes objetos no podían hablar por sí mismos, suplía él esta falta suya dando rendidas gracias al Señor, dueño universal de todas las cosas, por la hermosura y encantos que sobre ellos había derramado a manos llenas, ofreciéndoselas igualmente a nombre de sus arrendatarios y poseedores, por el usufructo y dominio que Dios les otorgara.

¡Oh, qué riquezas debía atesorar el interior del alma de este santo varón, adornada de dones tan excelentes y variados, embellecida y exornada con gracias tan exquisitas y singulares, y, sobre todo, ataviada con aquel precioso e inestimable caudal, *de disposiciones interiores* que constituían su peculiar carácter espiritual, y en lo cuál difícilmente exista santo alguno canonizado que llegara a sobrepujárle!

No es, pues, maravilla que San Francisco Javier añadiese su nombre a la letanía de los Santos, ni qué San Francisco de Sales hablase del gozo incomparable e indecible consolación que experimentó al consagrarse un altar en Saboya, cuna de varón tan insigne.

Pero a semejanza de Baltasar Alvarez, a quien Santa Teresa vio en espíritu gozando en el Cielo mayor gloria que todos sus contem-

poráneos, incluso no pocos santos canonizados, así Pedro Fabro no está colocado sobre los altares de la Iglesia, sino que descansa en el seno de Dios como uno de sus santos ocultos. ¡Loor, pues, y gloria a la Trinidad Beatísima por cada uno de los dones y prerrogativas con que se dignó embellecer el alma angelical de este varón venerable!

¡Alabanza y bendición a tan augustas Personas por todos los tesoros de gracia con que enriquecieron a los santos que actualmente viven ocultos en su divino seno, y por cuyo motivo nos es imposible glorificarlas en ellos con perpetuos loores!

2.º La segunda clase de misericordias divinas, por las cuales tenemos obligación de corresponder agradecidos ofreciendo continuas acciones de gracias, comprende los innumerables beneficios personales que hemos recibido de la bondad y liberalidad de nuestro Dios y Señor.

Oigamos a este propósito a San Bernardo en su primer sermón sobre los Cantares: «En las guerras y en los combates –son sus palabras– que deben reñir con el demonio, mundo y carne todos aquellos que viven piadosamente en Cristo –pues la vida del hombre, como ha-

bréis experimentado en vosotros mismos, es una milicia sobre la tierra—; en todos éstos combates repito, es menester que volvamos a cantar aquellas nuestras canciones de agradecimiento por las victorias alcánzalas anteriormente.

»Cuando la tentación es vencida, y el vicio dominado; y el inminente peligro precavido, y descubiertos en tiempo oportuno cualesquier lazo y asechanza del enemigo, y la vieja e inveterada pasión del alma amansada, y la virtud, tan codiciada y pedida con vivas ansias, alcanzada al fin por la misericordia divina, ¿qué otra cosa debemos hacer más que, a dicho del Profeta, entonar entonces un himno glorioso de alabanza y acción de gracias, y bendecir a Dios por todos los dones y regalos de su infinita liberalidad? Porque en el día del juicio será contado entre los ingratos aquel que no puede decir al Señor: *Tus justicias fueron asunto de mis canciones de alabanza en el lugar de mi peregrinación.*

»¡Qué más!, por cada paso que demos en la senda de la virtud, y por cada escalón que subamos en la vida espiritual, menester es que cantemos otras tantas canciones en alabanza y gloria de Aquel que así se ha dignado levantarnos:»

«Yo instaría con todas las fuerzas de mi alma —escribe Lancisio— a todos aquellos que sirven fielmente a Dios, que le ofrezcan rendidas gracias con particular agradecimiento y encendido afecto de su corazón, a lo menos cuatro veces al día: primera, por la mañana, durante la meditación; segunda, al mediodía o antes de la comida; tercera; en el examen de conciencia; cuarta, al tiempo de irse a la cama.

»Entre los, beneficios personales ocupaba el primer lugar aquella gracia con que nos ha llamado de la herejía a la fe católica, o del olvido completo de los Sacramentos y continuas recaídas en la culpa, a una verdadera conversión y vida ejemplar.»

Nuestro Señor habló así en cierta ocasión a Santa Brígida: «La esposa, hija mía, debe estar ataviada con el blanco ropaje y los ricos adornos del desposorio al tiempo que va el Esposo a las bodas; y brillarán por su blancura esos tus vestidos y preciosas galas, cuando recuerdes con afecto de agradecimiento aquella dádiva graciosa que te he otorgado en el bautismo, purificándote del pecado de Adán; aquella infinita paciencia con que te he sufrido cuando caíste en la culpa, y aquella generosa larguezza con que te he sostenido para que no vol-

vieses a cometer nuevas y más enormes mal-dades.»

Otro de los beneficios personales que de-bemos agradecer a Dios es la conservación de la vida y la salud, medio eficacísimo con el cual podemos acumular diariamente riquísimos tesoros de merecimientos y glorificar con nu-merosos y variados actos de amor divino a la Majestad soberana del Altísimo.

Tenemos asimismo la obligación de darle señaladas gracias por las humillaciones pasa-das y presentes, por las calumnias y malévo-las interpretaciones que han dado a nuestras palabras, obras, omisiones e intenciones; por las detracciones malignas que tanto nos han hecho sufrir, y últimamente, por todo cuanto ha contribuído a mortificar nuestro amor pro-pio.

Porque si consideramos los verdaderos intereses de nuestra alma, no podremos me-nos de convenir en que es un beneficio inestimable del Cielo la humillación y abatimiento, no sólo por el auxilio que nos ofrecen para adelantar en el camino de la perfección cristia-na, sino también a causa de las innumerables ocasiones que nos proporcionan de glorificar a Dios y adquirir un riquísimo caudal de me-

recimientos, y llegar, en fin, un día a ocupar un lugar muy alto y encumbrado en la patria del Cielo.

Pues no es fácil concebir un medio tan poderoso para glorificar a Dios nuestro Señor como el ejercicio devoto de las virtudes cristianas, mientras el alma se ve perseguida por la humillación y el abatimiento.

Si, pues, nuestro estado o condición de la vida no nos granjea el aprecio y las alabanzas de los hombres, demos por ello las más rendidas gracias a Dios nuestro Señor, que ha tenido la dignación de librarnos del peligro que de otra suerte hubiéramos corrido en el mundo ocupando un puesto más elevado y honroso.

La paciencia infinita que Dios ha usado con nosotros es asimismo un beneficio inestimable que merece todo nuestro reconocimiento, porque ¿no es un espectáculo digno de la mayor admiración el contemplar por una parte la soberana mansedumbre con que el Señor nos ha sufrido, y por otra, la perversidad inconcebible de nuestro corazón a tan regalada muestra de su caridad paternal?

¿Cuántas absoluciones no hemos recibido? ¿Cuántos méritos perdidos, nuevamente re cobrados? ¿Cuántas gracias alcanzadas de las

misericordiosas entrañas del Rey soberano de la Gloria?

¡Oh, qué milagro tan estupendo de paciencia ha sido Dios para con nosotros! Paréceme que no sin sobrado motivo podríamos penetrar en espíritu dentro del corazón inmaculado de aquella doncella española que solía decir, según afirma el P. Rho, que si tuviese que levantar un templo en honor de los atributos de Dios, le dedicaría a la divina Paciencia. ¡Cuán bella y agraciada no debía ser aquella alma angelical, y qué cosas tan íntimas y secretas no pasarían entre ella y su Esposo divino!

Además, ¿cuántas culpas no hubiéramos cometido si la misericordia divina, no hubiese salido luego al punto a nuestro encuentro, teniéndonos de su mano? ¿Cuántas tentaciones, tan fatales a los demás, que ni siquiera han llegado a mortificarnos un solo momento de la vida?

El emperador Antonino, aunque pagano, daba gracias a Dios por las ocasiones de pecado a que nunca se había visto expuesto; y he aquí otro de los beneficios personales, objeto especial de nuestro agradecimiento.

Pero todavía existen tres beneficios personales que un católico no debería perder jamás de vista, y son los siguientes: 1.º, la elec-